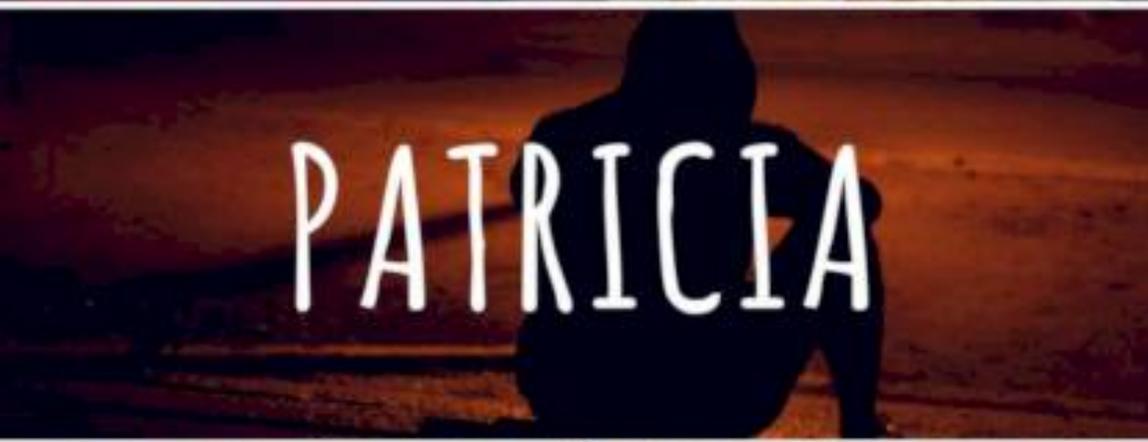




LOS TIEMPOS



DE



PATRICIA



B. MENENDEZ VICO

LOS TIEMPOS DE PATRICIA

PRIMER TIEMPO

Patricia Elizondo vino a la capital a estudiar en la universidad la carrera de filosofía. A esa edad, donde los sueños van más allá de las quimeras, la joven aspiraba a convertirse en un personaje histórico. Creía que su inteligencia y capacidad la llevarían a ser la Hipatia de estos tiempos. Ganas tenía, empeño también por eso se le iban las horas discutiendo con sus compañeros entre libros, cafés y cigarrillos. Se dedicaba a ganar horas, o perderlas, según se mire.

La brillante alumna quería ser una teórica completa. A veces pretendía marcar pautas y llevar la voz cantante y constante en eso de que la interpretación de la deriva de hoy era factible si se alimentaba de la herencia filosófica asentada en siglos de aportes y descubrimientos.

A la familia de la joven le gustaba que la Patricia pareciera una griega con la verba de esta época. Alentaban su prosapia aunque no tuvieran claro para qué servía. No todos entendían por qué la joven se empeñaba en transitar por un camino viejo y abandonado. Un camino antiguo que en algunos trechos olía a muertos.

Los Elizondo no flotaban en el desencanto, tenían un buen vivir gracias a la perseverancia familiar. No anduvieron por vericuetos profundos a la hora de amasar un capital que les permitiera algunos caprichos, incluidos los estudios filosóficos de la Patricia.

Al principio todo marchó bien, la joven se instaló en casa de la tía Herminia, una jubilada soltera. No solterona en el término arcaico de la palabra porque la Herminia tenía buenas alforjas donde guardaba sus andanzas.

La jubilada fue novia de un pintor famoso, no entendía su pintura pero si entendió el meneo que le dio cuando se le ocurrió preguntarle si Miró era mejor que él. Le dio tal achuchón que estuvo dando vueltas varios días. Fue la novia de casi todo el mundo. Incluso se enredó con un bailarín de flamenco, ese la ponía mirando a Cuenca donde también veía estrellas de todos los colores.

En mis tiempos se follaba callado no como ahora que se pregona a cuatro o cinco vientos, dice a Patricia. La joven escuchaba las historias de la tía y la divertían fueran ciertas o inventadas.

La tía Herminia confundía a Platón con Plutón y creía que Zenón de Elea tenía tetas. No era desleída, solo que iba a lo suyo. Si le hablabas de romances famosos ahí tenía el uno. Se conocía toda la llorera de todos los tiempos, a veces se dormía con una lágrima derramada a causa de la muerte de Carmen y escuchaba la opera en un tocadiscos que le trajo Colón, no el navegante sino un novio que le dio por decir que era pariente del genovés.

Le gustaba la zarzuela a rabiar, se la pasaba dando vueltas entre lo musical y lo terrenal.

La tía no entendía el desaliño de la Patricia que en su etapa estudiantil del vaquero, la camiseta y las botas no salía aunque el verano descociera la mollera. Hija te pareces a Francisquito, decía la tía no sin algo de razón, el carnicero era más espabilado que ella. Patricia en esa etapa se empeñó en usar gafas sin necesidad y también le dio por ser más roja que el tomate. La tía Herminia sin conocer un pimiento de filosofía suspiraba al verla tan desgarbada, maloliente y rabiosa. La jubilada se resignaba y esperaba un cambio. Por suerte los brotes de rebeldía son manifestaciones de una enfermedad juvenil que desaparece con el tiempo.

Imbuida en su mundo, la joven Patricia apenas se percataba de que no todo giraba en torno a los movimientos filosóficos, la dialéctica hegeliana y el cógito ergo sum. La tía Herminia muchas veces le recordaba de lo alentador que era un buen revolcón que desarme el esqueleto. La buena señora creía que un buen movimiento de caderas desprendía las telarañas. Un muchacho de esos puede darte un buen alegrón, decía la jubilada preocupada porque esta sobrina se olvida de vivir la vida y quiere vivir en los libros. Tanto hartazgo puede provocar loquera por empacho.

Un día de esos días la sobrina llegó extraña, la buena señora jubilada indagó porque no estaba acostumbrada a ver en su sobrina nada que la sacara de su embriaguez filosófica. Después de mucho pinchar logró llegar al meollo del asunto. A la brillante sobrina le gustaba un chico, un tal Alberto tan filoso como ella, tan rojo como ella y tan harto de libro como ella. La tía movió la cabeza, por lo menos era al-

go. Esa noche la buena señora se durmió esperanzada con una lágrima derramada en honor a La dama de las camelias y a esa gran diva llamada María Callas.

Patricia al otro día se fue más temprano que otras veces, se sentía fatal al darse cuenta que Alberto le gustaba un montón y que cuando discutían sobre el movimiento existencialista tendían a acercarse más de lo permitido y que el roce le provocaba a la joven una humedad nunca sentida y un achicamiento entre sus piernas que le hacía saltar no el corazón sino la crica, como diría alguien de por ahí.

La joven estuvo toda la mañana dando tumbos, al mediodía comió un bocata y miró por la ventana, algo le escocía. Hoy no vio al joven Alberto, seguro quedó durmiendo porque las clases lo aburrían y es que el Alberto renegaba de una disciplina inútil, nada tenía que aprender el que todo lo sabía. El filósofo total faltaba a clases y se aparecía cuando el rey rabiaba, es decir el decano que casi apopléjico lo ensartaba con palabrejas tan apocalípticas como no te graduarás nunca, envejecerás aquí tonto de mierda.

El joven Alberto movía la cabeza y su melena ondeada iba de aquí para allá como el péndulo de Eco y guardaba la sonrisa porque el tonto es usted que cree que los genios somos de este mundo. No lo decía pero lo pensaba y el catedrático airado le jodía la mirada desdeñosa del inflado flacucho y los mandaba tres veces a que te den por el culo. No los decía, pero lo trasmitía con su mirada no irónica sino rabiosa.

Para Patricia, Alberto era único, invencible y eterno. Ella era una plumita al lado del genio de Almería. Su admirado Al-

berto recitaba en griego los diálogos de Platón y a veces amanecía inmerso en el logos platónico. Su Alberto parecía un querubín con mil mañas y toneladas de aciertos.

Patricia por primera vez sintió la mordedura del amor. Cómo no extasiarse con ese joven de cara lampiña, ojos grandes y pelo claro. Así fue, se perdió entre la desdeñosa mirada, la arrogante estampa y el derroche de sabiduría de su filósofo presente en su médula y sus ganglios.

Se perdió y quedó rodando como balón inútil y sus afanes se fueron al carajo porque su vulva pedía a gritos el falo del barón de los milagros.

Tanto se perdió que una tarde de discusión, vino y otras cosas, la Patricia enfebrecida se abrió como flor de primavera. Empujó con sus tetas, su pubis y su culo a ese que tanto la encabresta. Le dijo aquí estoy para lo que guste mandar y él que apenas ponía los pies en la tierra quedó helado de susto porque de hembras apenas sabía.

La joven, desbordada de osadía, le sacó el cornetín, y lo acarició con esa sabiduría transmitida a través de siglos de acoplamientos, luego la metió entre sus piernas. Hubo flojedad al principio pero el calor de la joven paró el aguijón que la pinchó y le provocó grititos de paloma tierna, después fueron a la cama, se desnudaron, o lo desnudó y se acoplaron a como dio lugar, no había mucha música pero sí muchas ganas y los dos se olvidaron de las mil y una razones que llevan al entendimiento y se hablaron con el lenguaje único que estremece y trae olvido.

Follaron erráticos al principio, un poco más sabios a la mitad, expertos al final porque el pichón de genio abarcador era rápido en aprendizaje y cerró el examen con una suc-

ción digna de aparecer en los aportes de Gramsci. Ella no menos, lamió el prepucio y besó los huevos, testículos, gónadas o cojones que hay nombres para todos y después hizo un felatio digno de aparecer en los anales de los grandes dioses paganos.

Fue un romance especial, aderezado con los estudios trascendentales que limpian la miradas y oscurecen los juicios. La interpretación de las causas y efectos del devenir históricos provocaban a la Herminia dolor en el occipucio. La erudita sobrina pretendía que la tía bebiera del manantial prístino de un saber sin fronteras. La señora se quedaba en la otra orilla, cruzar el río de Heráclito el oscuro era más complicado que tejer un chal sin estambre.

El romance se mantuvo pero los ardores se apagaron sepultados por las ansias de Alberto. Quería ser más sabiondo que los siete sabios de Grecia, no estaba para perder el tiempo en el sexo que rebaja el intelecto. A Patricia le tembló el corazón al ver la frialdad del adorado. Sus ardores y sus amores estaban intactos pero sucumbían ante la indiferencia de un Alberto que una tarde le dijo tajante que un polvo de vez en cuando y a lo mejor menos cuando porque no podía desviarse de su metas fundamentales.

En fin, que el romance murió al poco tiempo y Patricia cayó en depresión amorosa. La tía Herminia no sabía como animarla. Le aconsejó que se enamorara pero no que perdiera la razón por un chico debilucho y sin ganas, cosa que la tenía más que extrañada. Los tíos corren detrás los chochos,

nunca en mi vida vi cosa igual, repetía la señora asombrada.

Patricia lloró mucho el abandono de Alberto pero al final las lágrimas se secaron y vino un tiempo de reflexión. La tía percibió cambios en la muchacha. La joven empezó a ser más cuidadosa en su higiene y en su aspecto. A veces usaba faldas, en ocasiones zapatillas y no botas, también se hizo un corte de pelo. Detrás de la dejadez y el abandono había una joven alta, de ojos brillantes, piel suave y melena espesa. Te veo guapa últimamente, dijo la tía al verla marchar uno de esos días después de ganada la batalla del olvido. Alberto a esas alturas del partido daba a entender que las mujeres le eran ajenas y en el horizonte se avizoraba un cambio de liga.

Después del escaqueo con Alberto Patricia fue una chica estudiosa pero no fanática, a la tía y a toda la familia el cambio sirvió para respirar tranquilos. La normalidad vino sola, nadie fue a buscarla y al poco tiempo la fortuna tocó a la puerta de los Elizondo. La niña antes tan perseguidora de una ontología sin barreras ahora se detenía en un pragmatismo consecuente. Patricia casi al finalizar la carrera los sorprendió con una relación tranquila y conveniente.

SEGUNDO TIEMPO

Patricia Elizondo se graduó de Filosofía con notas excelentes, tuvo suerte y consiguió trabajo en una empresa como asesora en el departamento de publicidad. Su trabajo no era nada complicado, era interesante. A la joven filósofa su labor le servía para llevar la interpretación de la fenomenología trascendental de Husserl a un plano elemental sin Platón y Pitágoras pero si con la visión que hay que tener para vender con gusto y premeditación. Ella analizaba, los demás se ocupaban de finalizar el proceso. Patricia era feliz, ganaba un buen salario y tenía compañeros muy preparados en el arte de vender.

Se podría decir que el mundo de Patricia era de color rosa. Casada desde hacía dos años con Raúl Ortega Martínez solo necesitaba la algarabía de los niños para ponerle punto final a una etapa sin tropiezos concebidos.

Como se sabe Patricia y Raúl se conocieron en la universidad, desde que se vieron surgió el clásico flechazo, los dos eran muy jóvenes se podría decir que guapos, también se podría agregar que inteligentes y para colmo ego y alter, buen aliño para hacer un buen caldo.

Navegar en bote con buenos remos ayuda mucho. Patricia y Raúl eran frutos de familias estables, estructuradas y tranquilas.

Los Elizondo se encantaron con el novio, después organizaron la boda de la hija mayor, Patricia tenía una hermana y un hermano que mucho la admiraban. Por su parte Raúl era oriundo de la capital, formaba parte de una familia normal, estructurada y tranquila, era el más pequeño de tres, tenía dos hermanas mayores que lo adoraban.

La familia Ortega también participó en los preparativos de la boda, también se alegró que su joven benjamín eligiera a la filósofa Patricia, tan estudiada y desenvuelta.

Como está escrito en la versión popular de la biblia, hay tiempo de calma y tiempo de tormenta. El matrimonio tuvo un tiempo plácido donde todo marchaba. Los jóvenes exhibían un amor pleno y al parecer eterno. Ambos trabajaban, tenían amigos, salían y viajaban. Todos estaba bien pero a los dos años la flamante esposa pensó que había llegado el momento de ampliar la familia.

El tiempo de tormenta llegó cuando Patricia empezó a rechazar su condición de empleada y quiso dejar el trabajo para dedicarse a ser ama de casa a tiempo completo. Se obsesionó con tener hijos sin las ataduras de un empleo que le impidieran criarlos como Dios manda. Raúl no compartió sus ansias, quizás para un futuro cuando estemos preparados, dijo. Ella se molestó con el marido, no había que pensarlo tanto. Raúl tenía un buen salario como jefe comercial de una gran empresa, mantener la casa no sería un problema.

La joven se quejó con la tía Herminia por la actitud de un Raúl renuente a transigir. La buena tía no entendió nada pero sí barruntó que en el feliz matrimonio algo no marchaba. Sabía del amor loco de su sobrina por el apuesto Raúl pero le costaba entender el del joven. No veía mucha unión entre esos dos. Ella sospechaba que la familia de Patricia influyó en la decisión porque a su sobrino postizo la vida de rico era lo que le gustaba. La tía Herminia alertó a la familia, todos sabían del metejón de Patricia con el Raúl, temían un descalabro.

Podría decirse que un tiempo pasó y nada ocurrió, solo que Raúl seguía en lo suyo. Hijos no. A Patricia la espera la desesperaba, no le importaba el trabajo, la buena casa, y los buenos trastos. La joven ansiaba tener hijos que apuntalaran un matrimonio que se perfilaba al cabo de dos años como una rama frágil capaz de romperse de un vientecillo.

En esa etapa fue positivista en el termino filosófico de la palabra. Se ahogó en sus conceptos, en sus piélagos de interpretaciones. Fue profunda y llegó a la conclusión de que todo es posible si la mente se dispone a controlar la negatividad. Con esa premisa se dispuso a transitar por el pedregoso camino de la realidad. Le dijo al esposo que podían hacer economía, si es posible prescindir de la empleada, vender algún objeto superfluo y adaptarse a las circunstancias. También planteó un tiempo sin trabajar, no un abandono definitivo. No hay que abundar mucho, de más está decir que Raúl se horrorizó. De renunciar al estatus, ni hablar

Después de una gran pelea y un gran disgusto, la joven aceptó una tregua pero solo por un tiempo. Ese día lloró a mares, su Raúl no la amaba de verdad. Muchos se alegraban de que sus mujeres atendieran a los hijos y estuvieran en casa, no era feminismo ni machismo, era el amor lo que permitía la complacencia.

Por su parte Raúl no concebía a su mujer en casa sin el buen salario para pagar a la asistenta y para cenar en restaurantes de lujos. Con un solo salario no llegaban ni al bocata porque había muchas deudas insensatas. Coches caros, móvil de última generación, tv ídem. Consumismo al por mayor y es que el joven vivía comprando hasta cansar. Consumía a tiempo completo pero no era suficiente, quería más por eso se esforzaba, su meta era progresar en el trabajo. Una casa en las afueras, empleados a montones, piscina y hasta un apartamento en Marbella formaban parte de sus sueños. Una mujer metida en casa, criando hijos y sin ambición por mejorar lo espantaban en el peor sentido de la palabra.

En fin, que las divergencias trajeron aparejadas las peleas, la acritud del día a día y la distancia. Ella en su afán de apaciguar aceptó posponer la llegada de los niños pero ya era tarde. Nada pudo detener la debacle. Raúl se había cansado de soportar sus letanías maternas, su poco interés en progresar, el abandono de sus tareas laborales que la abocaban al despido y la tonta idea de ser una tonta mujer que vive para el marido, la casa y los críos.

De la Patricia filósofa ni la sombra y es que esta muchacha es más indefinida que lagrima de lagarto, decía la tía tra-

tando de entender los cambios de la cambiante Patricia. ¿Qué caprichoso vaivén arrebatava a la Patricia que ahora se enfrascaba en ser mujer de hogar, madre de varios hijos y con montones de recetas por cocinar? Esa pasión, que al marido le pareció enfermedad de ante, sacó a Raúl de sus casillas.

El querido esposo se fue, diciendo adiós. Se fue una tarde soleada con una determinación tan determinada que enfrió el alma de la llorosa muchacha. Ella entonces comprendió que un abismo los separaba y que el gran amor de su marido era el buen vivir y la fragancia que trae la abundancia.

El descubrimiento no disminuyó ni un ápice el amor que la sofocaba. El abandono la hizo más infeliz que sartén sin mango porque ese hombre tan materialista, sin filosofía integrada, tenía un fulgor que la cegaba.

Patricia Elizondo se quedó sin argumentos para asimilar la partida de Raúl. Esa vez por poco muere de verdad, por poco se suicida, por poco enloquece, casi se tira al río para a los tres días emerger muertita pero llorosa. Tan abandonada estaba que no hubo ni canción, ni esperanza. Por no haber ni siquiera hubo palabras que reflejaran la pena y la tristeza.

Todos los días iba al trabajo de Raúl para rogarle que regresara. La joven perdió el orgullo. Se agachó como verdolaga, y lloró más que Magdalena. Se flageló como pecadora recurrente y amenazó con arder en la hoguera. Se extendió como alfombra para que la pisoteara. Prometió renunciar a los hijos y ser esclava laboral hasta que los huesos enmohecieran.

Le prometió lo posible y lo imposible. Tanto lo asedió que provocó una orden de alejamiento por hostigamiento febril. Al poco tiempo fue despedida del trabajo por su indolencia. Alegó que cambiaría, cosa que ni ella misma creía. Al poco tiempo Patricia recibió la última estocada. Raúl se casó con la hija del dueño de la empresa donde trabajaba.

Herminia estuvo todo el tiempo con la filósofa, quiso que fuera a vivir con ella pero se negó. La madre vino y le rogó que volviera a casa. La buena mujer se cansó de rogar y se fue molesta. La tía siguió lidiando con una sobrina tan al borde del barranco que casi se le caían las chanclas. Herminia no sabía como evitar la caída definitiva.

Siguió con ella como quien cumple una condena pero un día la cansó tanta moridera que le cantó las cuarenta formas de ser la egoísta que lo único que le importaba era mirarse el ombligo.

La joven que berreaba como ternera destetada paró de llorar y se sopló las narices, fue a empezar de nuevo pero se contuvo. Al otro día la buena señora la notó distinta.

Cuando la vio un poco mejor le dijo que ya podía andar sola porque ella tenía "asuntos" que atender. Después le confesó a la sobrina que tenía un novio en la acompañaba en las tarde y a veces en las noches, no quería perder su última oportunidad de oler un hombre aunque estuviera un poco pasadito. Patricia al saberlo tuvo un ataque de llanto, todos conseguían cosas en la vida menos ella. La jubilada la calló al decirle que si quería un viejo se lo buscaba. Hay montones por ahí que sueñan con carne fresca.